

gaban á «la aldea,» se desparramaban por el huerto y el jardín, correteando y jugando como chiquillos á la gallina ciega, al escondite, al corro; cuando se les anunciaba que tenían «la sopa en la mesa,» suspiraban de satisfacción exclamando: «¡Santa palabra!» en la mesa, donde permanecían dos horas y se presentaba una docena de platos (no faltando en las solemnidades el jamón en dulce y el pavo relleno de miga de pan y pasas), devoraban y bromeaban, y hasta brindaban y ofrecían obsequios los galanes á las señoras; los señores formales se escurrían á dormir la siesta, sobre sofás y camas «alzadas;» los jóvenes, inventando una música cualquiera — piano catarroso, guitarra destemplada, ó á falta de todo eso, la voz. — se lanzaban á bailar, tomando por salón de baile el prado, la era, el soto, la carretera, el primer terreno plano que Dios les deparaba; y cuando la tarde caía, emprendían de mala gana el regreso, cansados, empolvados, hechos trizas, con flores en el pecho y hojas de enredadera entre el pelo las mujeres, todos provistos de oxígeno y de salud para un año...

Ahora, este modo de ir al campo se considera muy ordinario, bueno sólo para la gentecilla; las cosas marchan por otro estilo y á otro compás. Las jiras campestres se llaman *garden-parties*, y procuran adaptarse á esta designación británica. Concurren á ellas las señoras con ricos trajes de fular, de encaje, de batistas montadas sobre glase, de vaporesos crespones; calzan tafilete, la media de seda aprisiona su tobillo; cadenas, dijes, broches, relojos, collares, las adornan; el sombrero recargado de flores ó de plumas, la sombrilla de volantes rizados, defienden su cabeza contra el sol. ¿Qué se hace con tal atavío? Pasearse muy envarado, ni más ni menos que en el Retiro: porque sería lástima estropear el vestido majo, la saya bajera, los *Richelieu* de cuero de Rusia, los guantes. ¿Quién piensa en correr? ¿Quién sueña en bailar? ¿Quién se inclina para cortar una rosa?

Nada, nada: que lo de antes era más lógico y más divertido. Se me figura que — respetando la fatal acción del tiempo, que modifica las costumbres de un modo incontrastable; conservando de la urbanidad, en la aldea, lo que conservar importe — se han de proscribir los arrequives y los perifollos estorbosos para el goce aldeano, que es poder sentarse y hasta echarse en el suelo, sobre el césped, hacer ejercicio físico, impregnarse un poco de la saludable naturaleza...

Tal vez en los países anglo-sajones hayan resuelto este problema. Dicen que en ningún país como en Inglaterra se vive en el campo con elegante confort; y el caso es que no dejan de rusticarse, que se consagran al deporte, que sacuden la indolencia propia de las ciudades. ¿Cuál es el secreto? Habría que aprenderlo. Aquí noto que nos limitamos á trasladar la ciudad al campo, á proseguir el mismo género de vida, sin diferencia alguna: y no el de la ciudad: el de la gran capital europea. No debe de ser este el ideal: al campo se va en busca de un cambio profundo. Sin llegar á Tolstoy, que quiere que aremos, sembremos y recojamos el pan, algo de rusticación positiva, franca, aun violenta, no sería malo, no. Los cerebrales, sobre todo, debiéramos ser cuatro meses pescadores, molineros, tascadores de lino, algo que nos apartase de nuestro cerebro, que es ¡ay! á la vida como al cuerpo la sombra.

El último escrito de propaganda de Tolstoy — ya que he nombrado al gran novelista eslavo — produce en mi espíritu una impresión singular, en este momento, que es el del fracaso de un paro general intentado por elementos obreros de Marinada, para conseguir la amnistía de sus compañeros presos. Aunque á mucha gente irreflexiva pueda parecerle extraño, me sobrecoge más el fenómeno de la huelga frustrada, que el de la huelga en su plenitud.

La clase obrera no tiene otra arma legal sino las huelgas: es un arma, naturalmente, de doble filo; es arma terrible: hay que saber descolgarla de la panoplia y manejarla. A destiempo, sin discreción, sin esa adhesión unánime que constituye el mayor de los poderes, se les rompe entre las manos. Y esto indica una gran verdad: que en política (sea política social ó de otro género) el arte es algo tan necesario ó más que la razón, que el sentimiento, que la resolución, que la constancia. Indicar la idea del paro; ver que no prende en la masa; empeñarse en llevarla adelante contra corriente, es falta de destreza artística: es no tomar bien el pulso. — Tolstoy se desconocía si se lo demostrasen; pero hasta los obreros, que representan la fuerza numérica, para practicar su política debieran empaparse en la doctrina más aborrecible de fijo para Tolstoy: el maquiavelismo.

Tolstoy sostiene todo lo contrario. En su opinión, los obreros sólo conseguirán sus anhelos de una manera: viviendo evangélicamente.

No es esto — afirma — una utopía. Es que el ideal social ha cambiado enteramente. Al principio, era la libertad animal absoluta: cada cual poseía y disfrutaba según su fuerza. Luego, el poder de un solo hombre: el *morituri te salutant* de Roma. Luego, la monarquía universal: la Iglesia, el Imperio. Después, la representación nacional. Y hoy, el ideal social consiste en que los instrumentos del trabajo no sean propiedad privada y pertenezcan al pueblo entero.

Ahora bien — sigue hablando Tolstoy: — para la realización de este ideal de nada sirve la fuerza: desde 1848 acá, los gobiernos se han apoderado de tal manera de todos los medios de acción, físicos y morales, desde el ejército con los perfeccionamientos técnicos del arte militar, hasta la religión y la enseñanza, que, ante esta organización casi perfecta en su aspecto regresivo, toda revolución, todo conato de ella, abortará. «Desde 1848 — asegura Tolstoy — en Europa no ha cuajado ninguna tentativa revolucionaria.» Y con el fino instinto observador del novelista, Tolstoy advierte que las calles de asfalto, en París, han hecho las barricadas imposibles. Y la organización social — advierte — mansa, compacta, lisa, uniforme, se parece al asfaltado. El más necio, el más inútil de los gobernantes, puede servirse de ella y de un modo mecánico utilizarla para reprimir tentativas que ya ni se producen, tal es el convencimiento de que se estrellan contra el asfalto.

Ante tal imposibilidad, ¿qué hacer?, pregunta Tolstoy. — Una sola cosa, la que prescribe el Evangelio: *no matar*.

La doctrina es curiosa, por lo que contrasta con las habituales vociferaciones de los *meetings*, donde se respira ambiente tan belicoso, y donde, para rechazar las imposiciones de la fuerza, es la fuerza lo que se invoca y se llama. «Somos los más,» es la amenaza que se siente gruñir y espumar en el fondo de la agitación obrera. «Somos los más, y si un día llegamos á unirnos lo suficiente...» Y Tolstoy, desde su retiro, les avisa: «Nada significa el número, mientras la organización social sea estable y os aplaste con fuerzas coherentes y sometidas al hipnotismo de la disciplina. Por la lucha nada obtendréis, y es justo que nada obtengáis, porque la fuerza es esencialmente mala y el que la emplea pierde de vista la justicia. Haced lo contrario de luchar: negaos á empuñar un arma: negaos á esgrimirla: negaos á la mera hipótesis de derramar sangre: negaos á aprender los movimientos que se ejecutan para prepararse á derramarla. Negaos, pasivamente, mansamente, pero irremisiblemente, al servicio militar. Y el día en que no haya un soldado, la cuestión social está resuelta; resuelta en paz, con amor.»

Tal es la propaganda de Tolstoy. ¿La incluiremos entre las utopías? Si se me pregunta á mí, utopía la juzgo, aunque dimane de un espíritu opuesto á las guerras y á su inhumanidad, ya muy difuso en el aire de nuestro siglo. — Contra la naturaleza no valen abstracciones, ni éticas, ni lógicas, y la naturaleza quiere que donde surge conflicto de interés (de cualquier género de interés) surja la lucha infaliblemente. Tolstoy no cuenta con la pasión, nervio del alma. Por ahí claudican todas sus teorías. Del mismo Evangelio no se deduce la *posibilidad* de tal pacificación absoluta. Y la política se asienta en lo *posible*; es una ciencia y un arte profundamente real.

Tengo que hacer, muy gustosa, una rectificación á la crónica en que me lamenté del desbarajuste y mal servicio en los caminos de hierro. Lo que escribí no va con la Compañía de Madrid, Zaragoza, Alicante (red catalana). Esta Compañía permite á los viajeros tomar billete y facturar á cualquier hora en Barcelona; ha introducido varias mejoras, como billetes á precios reducidos, abonos económicos, viajes por kilómetros con grandes rebajas, trenes casi continuos para las poblaciones próximas á la gran urbe, mejoras en el material de vagones y locomotoras, y por último, ha construido el magnífico apeadero del Paseo de Gracia, para comodidad y regalo del público. Dice la opinión que los servicios de esta red contrastan con los de las demás compañías españolas, gracias á las iniciativas y á la sabia dirección de su gerente D. Eduardo Maristany, eminente ingeniero y hombre á la moderna, á quien me complazco en saludar desde aquí. Dios nos dé muchos como él; á millares los necesitamos. Y ¡qué satisfacción cuando se tropieza uno, aunque sea tan de lejos, pero de cerca en el orden mental, con quien habla el mismo lenguaje que uno, así el lenguaje sea gallego, catalán ó francés!

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En el campo, en los balnearios, en el extranjero... En todas partes menos en Madrid se vive ahora.

La vida de campo ha llegado á ser excesivamente refinada: quizás convendría más simplificación. Ascendemos por el camino de los adelantos; llegará día en que nos sea necesario tomar la cuesta abajo, porque la complicación de la existencia sube de punto.

Nuestros abuelos, en cambio, vivían del modo más sencillo, en caserones que eran verdaderos palacios, pero donde faltaba... En fin, faltaba lo más elemental. Bueno es que se haya corregido tan exagerada sencillez; bueno es que abunden hoy en las quintas las camas blandas, las mantelerías como la nieve, la loza y el cristal; bueno es que estén brillantemente iluminadas de noche y en orden esmerado á cualquier hora; pero agradecería en todo eso un aire campestre; no la vivienda de la ciudad transportada, con sus exigencias y su recargo de menudas necesidades, á un despoblado, entre un bosque y una heredad de patatas.

En la vida de campo que me rodea observo que cada día se espesa la malla junta y sutil de pequeñas urbanas, entre las cuales ya es difícil revolverse en la ciudad misma. Cuando se sirve un plato con setas ó trufas; cuando se escancia el Champagne y el Rhin, dan ganas de echar de menos los tiempos idílicos en que

con rojos pimientos y ajos duros,  
tan bien comió el señor como el esclavo.

Las «adulaciones fragantes forasteras» van multiplicándose: una comida campestre no se diferencia del banquete diplomático en Madrid. El cocido es vulgar é insufrible; los honrados platos de la tierra, regionales, clásicos, están proscritos; el helado ya no es acontecimiento, con suma frecuencia llegan de la fábrica las barras transparentes, envueltas en serrín, para proporcionar un deleite más á los golosos; se inventan guisos, se acude á los libros de cocina, se sazona á la inglesa, á la francesa, á la alemana, á la italiana; se traen cucharas especiales, tenedores de pescado y ostras; los servidores visten frac y calzan guante blanco, y en lontananza se oye el chirrido de los carros y las canciones de las segadoras..., contraste que avalora los placeres de una vida tan exasperadamente civilizada.

Y sin embargo, la antigua, más natural, huérfana de pretensiones, tenía sus encantos, y á ésta no le faltan sus inconvenientes y sus cortapisas. Antaño, pasar un día de campo era expansión y era derroche de alegría y vitalidad. Se salía temprano, con ropa holgada y cómoda; se tenía, no apetito, hambre loba, desde el mismo instante de ponerse en camino; se utilizaban para el transporte borriquillos, ó si lo permitía el estado de la carretera, destartados carricoches; los incidentes cómicos á que esto daba lugar, eran materia para inacabables dicharachos y carcajadas continuas; apenas los expedicionarios lle-